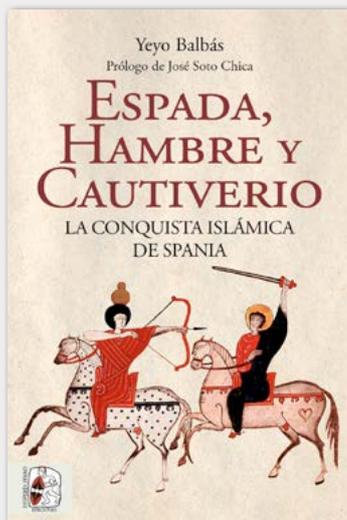


DESPERTA FERRO EDICIONES

Espada, hambre y cautiverio. Una historia de conquista y resistencia

Guadalete, Rodrigo, Tariq, Pelayo, Covadonga (de la que este 2022 se cumplen 1300 años)... La conquista islámica de Spania y el surgimiento del reino de Asturias constituyen unos hechos de una enorme trascendencia histórica que han dejado una profunda huella en nuestro imaginario colectivo y, sin embargo, aún siguen perdidos en las brumas de la leyenda. Por medio de una relectura crítica de las fuentes y apoyado en disciplinas como la arqueología, *Espada, hambre y cautiverio* pone patas arriba el relato tradicional de la conquista dinamitando sus diversas y antagónicas interpretaciones desde postulados ideológicos actuales.



Espada, hambre y cautiverio.
La conquista islámica de Spania
978-84-123239-8-6
624 páginas + 8 en color
15,5 x 23,5 cm
Rústica con solapas
P.V.P. 26,95 €

Espada, hambre, cautiverio. Con estas terribles palabras describía la conquista islámica de la península ibérica, de Spania, el anónimo redactor de la *Crónica Mozárabe*, coetáneo de los hechos. Una conquista que culminaba la expansión hacia Poniente del pujante islam, un proceso que había comenzado menos de cien años antes y que había llevado a los seguidores del Profeta a extender su fe y sus dominios desde el Atlántico hasta el corazón de Asia. Y, como cualquier conquista, se hizo por la espada y acarrió hambre y cautiverio. Yeyo Balbás, investigador experto en el periodo, escribe, con oficio de historiador y prosa de novelista, una documentada y completa narración del final de la Spania visigoda y del proceso de implantación musulmana. Frente a los relatos tradicionales, a menudo ideologizados, lastrados por una lectura acrítica de las fuentes o con un foco muy cerrado en la península ibérica, esta obra integra la conquista dentro del proceso de expansión islámica por el Mediterráneo, un análisis global que precede y proporciona muchas claves para entender lo que aconteció en la Península tras la –mal llamada– batalla de Guadalete. *Espada, hambre y cautiverio* hace hincapié, además, en las cuestiones bélicas, habitualmente ausentes en la historiografía, y cuyo estudio es necesario para explicar lo que fue una ocupación *manu militari*. Se analizan ejércitos y combatientes, estrategias y tácticas, aunando una renovada lectura de las fuentes con los aportes que proporciona la arqueología, para iluminar aspectos como el cruce del Estrecho, el derrumbe cual castillo de naipes del reino goda o la resistencia en las montañas asturianas, con la batalla de Covadonga, de la que acaso este año –dudas penden sobre su datación– se cumplen mil trescientos años. Porque hasta allí llega este libro, hasta explicar cómo un «asno salvaje» llamado Pelayo pudo articular un foco de resistencia en el septentrión peninsular que constituyó el germen de lo que ha venido a llamarse Reconquista.



Yeyo Balbás, historiador e investigador independiente, es autor de las novelas históricas *El reino imposible*, también acerca de la conquista musulmana del reino visigodo, *Pax Romana* y *Pan y circo*, una versatilidad que imprime gran pulso narrativo a todas sus obras. Asimismo, sus profundos conocimientos históricos le han llevado a traducir obras como *Equipamiento militar romano*, *El Ejército romano del Bajo Imperio* o *Vikingos en guerra*, todas publicadas por Desperta Ferro Ediciones y a participar como asesor histórico en documentales como *778. La Chanson de Roland* (2011), dirigido por Olivier van der Zee, o en películas como *Resucitado* (*Risen*, 2016), dirigida por Kevin Reynolds y protagonizada por Joseph Fiennes. Es miembro del Clan del Cuervo, un grupo de recreación histórica centrado en la época tardoantigua y altomedieval.

En librerías el miércoles 2 de marzo. Pincha en este [enlace](#) para obtener más información sobre la obra y [aquí](#) para consultar nuestro Catálogo de publicaciones.

Contacto y entrevistas:

Javier Gómez Valero - Comunicación

Tel. 658 160 824 - comunicacion@despertaferro-ediciones.com

www.despertaferro-ediciones.com



DOSIER DE PRENSA



ESPADA, HAMBRE Y CAUTIVERIO EXPLICADO POR YEYO BALBÁS

Una breve síntesis

La conquista islámica de Spania y el surgimiento del reino de Asturias constituyen unos hechos de una enorme trascendencia histórica, que han dejado una profunda huella en nuestro imaginario colectivo y, sin embargo, aún siguen perdidos en las brumas de la leyenda. Pocos saben que la «Batalla de Guadalete» no tuvo lugar junto al río Guadalete, o que el rey Rodrigo no violó a ninguna doncella, la imagen popular de personajes como Tāriq ibn Ziyad siguen siendo una amalgama de tópicos, y, en general, se desconoce el trasfondo histórico real de la batalla de Covadonga, el *mito fundacional* de la nación española. La expansión del califato islámico a lo largo del siglo VII y su situación en la primera mitad del VIII suponen asimismo unos grandes desconocidos, a causa de la escasez de monografías publicadas en nuestra lengua.

A través de doce capítulos, *Espada, hambre y cautiverio* trata de explicar estos sucesos, bajo la luz de los recientes avances en varias disciplinas, como la arqueología, desde una perspectiva cronológica y geográfica amplia. Antes de abordar la conquista de la península, se presenta la situación del reino visigodo durante las cuatro últimas décadas, tras lo cual se inicia un recorrido en la expansión del califato, desde el propio Mahoma, el fundador del islam. Respecto a la consabida polémica en torno a si el sometimiento de Spania se realizó mediante pactos o se trató de una conquista, este libro expone múltiples evidencias de episodios violentos.

Lo más novedoso...

Una revisión crítica de las fuentes textuales, el aporte de los avances arqueológicos más recientes y la incorporación del análisis desde el punto de vista de la historia militar que ponen patas arriba las visiones tradicionales de la conquista musulmana de la península ibérica.

Lo más sorprendente...

Presentar la conquista musulmana no de forma encapsulada en el teatro peninsular, como se ha hecho habitualmente, sino dentro del más amplio contexto de la arrolladora expansión militar del califato omeya por un lado, y de las problemáticas de los reinos cristianos del occidente europeo postromano.

Lo más polémico...

La conquista musulmana de la península ibérica se ha interpretado de formas radicalmente distintas al servicio de presupuestos presentistas y con

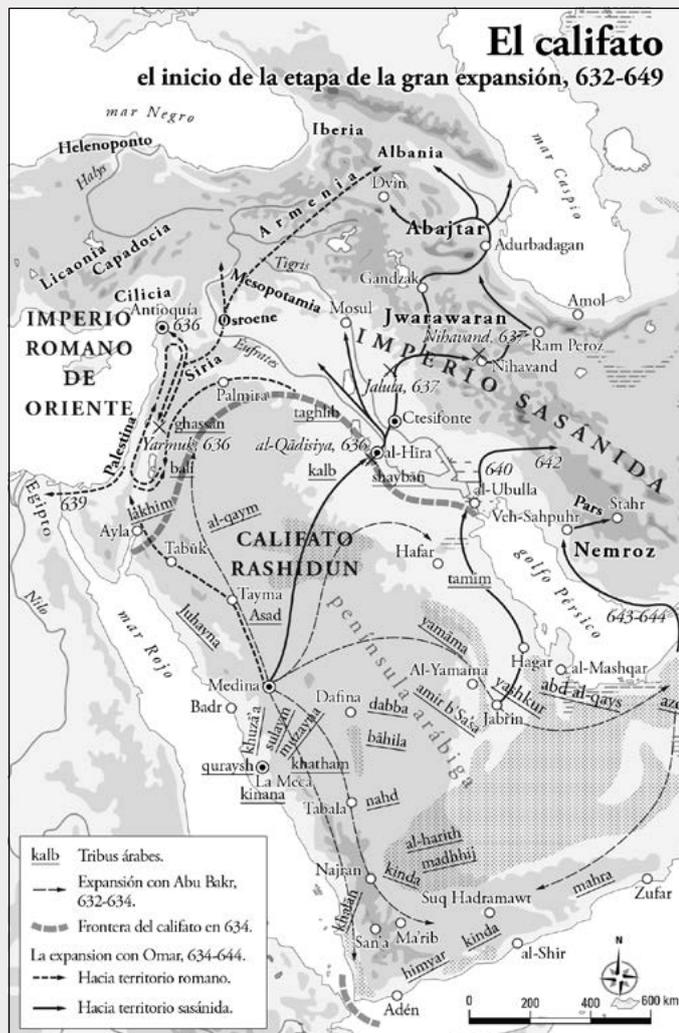
argumentos ajustados a las distintas ideologías. De lo que no cabe duda es que, como en toda conquista, esta estuvo cuajada de episodios violentos.

Una perspectiva amplia

El **capítulo 1** consiste en una presentación de las últimas décadas del reino visigodo, un periodo de crisis iniciado tras la muerte del rey Recesvinto en septiembre de 672, caracterizado por la alternancia en el trono de figuras autoritarias y monarcas débiles. Entre los problemas destacan el creciente poder de la aristocracia, los conflictos entre los monarcas que tratan de consolidar la sucesión dinástica frente a la elección del rey por la asamblea de nobles, y las tendencias centrífugas de la nobleza del extremo nororiental del reino. A escala global, a estas complicaciones se suman los estragos causados por el enfriamiento climático entre los años 536 y 660 denominado LALIA (*Late Antique Little Ice Age*), que propició sequías y hambrunas, además de sucesivos brotes de peste bubónica, el último de ellos habría asolado el reino visigodo en el año 709. Esta perspectiva nos permite constatar que buena parte de los problemas estructurales atribuidos a esta entidad política eran comunes a todas las sociedades tardoantiguas. Estudios recientes consideran que el reino visigodo era la estructura política más sólida de Europa occidental, en contraste con el ámbito franco, sumidos en continuas luchas intestinas entre ducados autónomos, o la llamada heptarquía anglosajona, un mosaico de reyezuelos bajo la supremacía de Mercia. La arqueología peninsular constata asimismo la eclosión de un gran número de granjas y aldeas, ajenas a los grandes latifundios de la aristocracia, lo cual se aleja de la tradicional imagen de una sociedad visigoda monóticamente dividida entre señores y siervos.

El ascenso de Rodrigo al trono se produjo tras la prematura muerte del rey Witiza, sin que ninguno de sus tres hijos tuviera edad para asumir la corona, lo que propició una crisis sucesoria entre al menos tres facciones nobiliarias, de modo que el éxito de la expedición de Tāriq se vio facilitado por un clima de guerra civil.

El **capítulo 2**, titulado “Los orígenes del islam”, explica la situación de la Arabia preislámica y realiza un esbozo biográfico a la figura de Mahoma, como líder militar, hasta su muerte en el año 632. En contra de la popular imagen de una Arabia poblada por nómadas, en la península arábiga y los márgenes del desierto sirio florecieron prósperas sociedades como Yemen



y las ciudades que dominaban las rutas caravaneras, caracterizadas por un lucrativo comercio basado en la exportación de olíbano, incienso y mirra hacia los mercados del Mediterráneo, además de productos suntuarios de Asia. La conquista romana de los estados árabes del Levante y la desertización causada por el enfriamiento climático de los siglos VI-VII, que causó la desaparición de los reinos de Arabia, hizo que gran parte de la población se volviese nómada y la región se convirtiera en el «patio trasero» de los imperios persa y romano. El posterior vacío de poder propiciado por la gran guerra que enfrentó a ambos imperios entre 602 y 628 hizo que la religión se convirtiera en un agregador político capaz unir a los árabes por mor de la conquista bajo la figura de Mahoma.

El **capítulo 3**, “El ascenso del califato”, muestra cómo la expansión islámica coincidió en el tiempo con el conflicto más despiadado librado por las dos grandes potencias de la Antigüedad Tardía, el Imperio persa y el bizantino. La última guerra romano-sasánida (602-628) supuso el desenlace de un milenio de enfrentamientos entre las dos grandes civilizaciones del mundo antiguo por el control del Creciente Fértil. Tras dos décadas de devastadores

conflictos, la demografía de los dos imperios posiblemente se hallaba en su punto más bajo desde hacía seiscientos años y los recursos militares de ambas potencias estaban casi agotados. Esto permitió a los primeros califas iniciar una sucesión de exitosas campañas militares por el control de Oriente Próximo, tras lo cual, en tan solo doce años, el imperio árabe se había extendido desde el Indo hasta los límites del actual Túnez. Los árabes habían pasado de ser un conglomerado de tribus a la clase dirigente de un imperio que dominaba los territorios más prósperos del planeta.

Esta expansión militar, que produjo un cambio civilizacional sin precedentes, está muy sesgada a causa de las crónicas. Los tradicionalistas árabes atribuyeron unas profundas motivaciones religiosas a los conquistadores musulmanes, humildes y sabios ascetas que, mal armados y peor vestidos, despreciaban los bienes materiales y se mostraron siempre dispuestos al sacrificio supremo con tal de extender la palabra de Dios. Esta supuesta búsqueda del martirio aún perdura en el imaginario musulmán y, en el mundo occidental, ha alimentado la idea de unos fanáticos religiosos a los que no resulta difícil relacionar con el yihadismo moderno. Por su parte, los autores cristianos, en su mayoría clérigos, interpretaron los hechos de su tiempo bajo la luz de la Biblia: las sequías y hambrunas, los brotes de peste bubónica, la devastación causada por las continuas guerras, el saqueo de Jerusalén por los persas y el surgimiento de un nuevo profeta entre los árabes, alimentaron la creencia de que suponía un castigo divino previo al Día del Juicio Final.

El **capítulo 4**, “La conquista de África”, explica la conquista islámica sobre un territorio que presenta una marcada dicotomía entre las tierras fértiles del litoral mediterráneo y la inmensa desolación del desierto. Aunque el África romana había constituido el territorio más próspero de la mitad occidental del Imperio romano, entre los años 550-850 se produjo una fuerte desertización, causada por el cambio climático de la Tardoantigüedad, que alteró el margen de 750-550 mm en la pluviometría anual que establece la diferencia entre una próspera economía cerealista y el pastoreo nómada. La arqueología en la región de Fezán del Sáhara libio prueba la existencia de prósperas ciudades en los oasis, asociados a unos sistemas de regadío conocidos como *foggaras*, cuyos cultivos acabaron abandonados por estas causas, lo que produjo una emigración masiva de pueblos bereberes sobre el territorio romano. Cuando los árabes iniciaron la conquista sobre el Exarcado bizantino de África, buena parte de estos pueblos estaban cristianizados y se hallaban en la órbita de

Yelmo de tipo Baldenheim hallado en el río Saona cerca de Trévoux, Francia. Esta tipología de casco supone una suntuosa variante del *spangenhelm*, de la que se han hallado más de una veintena de ejemplares por toda Europa. La gran similitud de los hallazgos sugiere un taller centralizado y la decoración con vides y pavos reales apunta a un origen bizantino. Este yelmo podría haberse difundido entre los reinos germánicos como presentes diplomáticos, entre los siglos VI y principios del VII. (The Metropolitan Museum of Art of New York).

Constantinopla. La trascendencia de la conquista árabe de este vasto territorio reside en que, no solo se trata del paso previo a la de Spania, sino que además buena parte de las tropas islámicas fueron de origen norteafricano. A pesar de que *barbar*, un término peyorativo árabe que significa «bárbaro», dio origen a «bereber», el agotamiento de los recursos humanos de origen árabe hizo que las tropas norteafricanas resultaran esenciales para proseguir las conquistas del califato.

El **capítulo 5**, “El califa de Alá”, presenta la figura del califa ‘Abd al-Malik ibn Marwān (*reg.* 685-705), que resultó clave para la consolidación del califato omeya, junto con la de su hijo y sucesor al-Walīd I (*reg.* 705-715). Esta sección expone los entresijos de la administración califal, su división territorial en provincias, el sistema militar omeya, junto a la situación de los *dimmiés* –las «gentes del libro» bajo dominio islámico– y de los *maulas* o neoconvertos.

El **capítulo 6**, “Los relatos de la conquista”, consiste en un estudio de las fuentes textuales árabes. No existen dos estudios sobre la conquista musulmana y el surgimiento del reino de Asturias que reconstruyan los hechos del mismo modo. Esto se debe, en gran medida, a las contradicciones que las propias crónicas presentan en cuestiones esenciales, como fechas, itinerarios e identidad de los protagonistas de los distintos acontecimientos, a pesar de que el esquema de los hechos resulta, a grandes rasgos, similar. En las crónicas altomedievales no existía el concepto de autoría y resultaba frecuente que el autor se limitase a transcribir pasajes de obras anteriores, lo que las convierte en un *collage* de textos conformado por sucesivas manos. Por tanto, resulta imprescindible considerar los procesos de elaboración y transmisión textual, así como los sesgos e intencionalidad de estas obras para restar u otorgar validez a la información que éstas refieren.

El **capítulo 7** aborda “El cruce del estrecho” por el ejército de Tāriq. La traición del conde de Ceuta, causada por la violación del último rey goda a su hija, ha pervivido durante siglos como un célebre motivo literario, en la obra de autores como Lope de Vega, José de Espronceda, Walter Scott o Washington Irving. No obstante, se trata de una leyenda de origen egipcio, con una cronología imposible. En los prolegómenos al cruce del Estrecho por las tropas islámicas, este



no es el único episodio entreverado en leyendas. Las operaciones del califato omeya en el Magreb previas a 711 suponen uno de los episodios peor conocidos de las conquistas árabes del periodo clásico. Incluso las biografías de Tāriq ibn Ziyād y Mūsà ibn Nusayr, los grandes protagonistas, resultan confusas a causa de la existencia de tradiciones contradictorias. En este apartado de *Espada, hambre y cautiverio* se estudia además el modo en que el ejército de Tāriq cruzó el estrecho, un auténtico logístico, dadas las limitaciones logísticas de la época, cuya complejidad suele infravalorarse. Para ello se analizan tanto el tipo de embarcaciones y medios materiales que podía contar el conquistador musulmán como la topografía y condiciones marítimas del estrecho de Gibraltar.

El **capítulo 8**, “La batalla del lago”, se centra en el enfrentamiento entre Rodrigo y Tāriq en julio del año 711, popularmente conocido como la batalla de Guadalete, aunque en realidad no tuvo lugar junto a este río. Según la *Crónica Mozárabe*, sucedió en las montañas Transductinas, el conjunto de sierras al norte de la bahía de Algeciras, mientras que las fuentes árabes lo sitúan en las proximidades de un lago cerca de Medina Sidonia, o en Wādī lakko, «el río del lago». Esta descripción cuadra con la laguna de la Janda, un enorme humedal, situado al norte del municipio de Tarifa, desecado hacia mediados del siglo pasado para obtener tierras de uso agrario. La batalla de la Janda es empleada como excusa para exponer las tácticas habituales en los ejércitos visigodo y musulmán. La derrota, propiciada por la traición de una facción nobiliaria visigoda, supuso un duro golpe moral para los habitantes de un reino castigado por las sucesivas sequías, la peste

y el hambre. A las luchas intestinas y la muerte del monarca, la figura que mantenía cohesionado el *regnum Gothorum*, se sumó la pérdida irreparable de los ejércitos en otra gran batalla en las proximidades de Écija. A partir de entonces, no quedaría ninguna fuerza militar capaz de oponerse a los musulmanes, salvo Agila II.

En el **capítulo 9**, “La sumisión de Spania”, se describen las distintas campañas realizadas primero por Tāriq y después por Mūsà, que llegó a la península en el año 712. Al tiempo, se pone en tela de juicio la supuesta colaboración del clero hispano con los conquistadores árabes en la recaudación de impuestos y se cuestionan algunas expediciones militares descritas por las fuentes tardías, que quisieron ampliar las gestas de Mūsà a costa de atribuirle los méritos de otros comandantes y añadiendo diversas leyendas. Esta sección concluye con el gobierno de su hijo ‘Abd al-Azīz, quien desposó con Egilo, la viuda del rey Rodrigo. Los enlaces matrimoniales entre conquistadores árabes y nobles hispanos se convirtieron en una herramienta política de primer orden destinada a fraguar alianzas, gracias a las cuales los primeros afianzaban su autoridad sobre el territorio recién conquistado y los segundos alcanzaban cierta posición dentro del nuevo régimen.

El **capítulo 10**, “La conquista de los valíes”, explica cómo, tras el asesinato de ‘Abd al-Azīz, los sucesivos gobernadores de al-Ándalus desarrollaron una política basada en consolidar un sistema fiscal al tiempo que dirigía una ofensiva contra la Tarraconense y la Septimania, el noreste del reino visigodo, donde reinaba Ardo, el sucesor de Agila II. Este «rey oriental» Ardo debió de defender los últimos restos del reino hasta el año 720. Casi al mismo tiempo, tuvo lugar un hecho trascendental: el segundo asedio árabe de Constantinopla, iniciado en 717, que se saldó con un devastador fracaso y un duro revés para la poderosa maquinaria militar del califato omeya. Una vez ralentizadas las conquistas, el botín de guerra ya no bastaba para sustentar este colosal ejército, lo cual acarrió una crisis económica, e incrementó el conflicto entre «palomas y halcones» de la corte califal. El califa Yazīd II tuvo que duplicar los impuestos, y las consecuencias tuvieron una enorme repercusión a medio plazo. El valí de Ifrīqiya y el Magreb, fue asesinado por su guardia bereber cuando trató de tatuarles su nombre en las manos, lo cual supuso un antecedente a la gran revuelta bereber del año 740. En el Jorasán, el

extremo oriental de Persia, se iniciaron dos décadas de rebeliones que allanaron el camino a la revolución abasí que derrocaría a los omeyas. En el otro confín del imperio musulmán, en las montañas próximas al Finisterre atlántico, se alzó en armas un *asno salvaje* llamado Pelayo.

El **capítulo 11**, “Covadonga, origen de un reino”, describe la rebelión de Pelayo y los orígenes del reino de Asturias. La batalla de Covadonga tal vez sea uno de los enfrentamientos armados más celebres de la historia militar española y, al mismo tiempo, se encuentra entre los peor conocidos. Esto se debe, en gran medida, a los problemas que presentan las fuentes textuales, a su carácter tardío, y a las contradicciones existentes entre las crónicas latinas y las árabes. Aunque la primera mención a la victoria de Pelayo ante los árabes se encuentra en el *Testamento de Alfonso II*, un acta de donación fechada el 16 de noviembre de 812, será la historiografía elaborada en Oviedo hacia la década de 880 quien describa la batalla de Covadonga. El relato del célebre enfrentamiento entre Pelayo y Alqama parece proceder de una obra anterior, y las sucesivas manos que lo conformaron, durante un siglo y medio, emplearon todo un arsenal de recursos lingüísticos y conceptuales para presentar los hechos como evocaciones de acontecimientos bíblicos y demostrar que la victoria solo fue posible gracias a la intervención divina. Todo ello dificulta la reconstrucción de los hechos, aunque los avances arqueológicos de las últimas décadas nos permiten contextualizar las crónicas y esbozar una aproximación de lo ocurrido.

Por último, el **capítulo 12**, titulado “El colapso”, describe cómo los conflictos latentes en el seno del califato omeya, unidos a una sucesión de reveses militares durante el reinado de Hishām ibn ‘Abd al-Malik, propiciaron la tercera fitna o gran guerra civil y el derrocamiento de la dinastía omeya a manos de los abasíes. Estos desórdenes permitieron a Alfonso I de Asturias realizar una campaña militar sobre la cuenca del Duero y consolidar el núcleo de resistencia norteño. Tras la matanza de los omeyas, diversos avatares trajeron a la península a ‘Abd al-Rahmān ibn Mu’āwiya, un nieto del califa Hishām que figura entre los pocos supervivientes de su linaje. En septiembre de 755, el futuro Abderramán I, el «Halcón de los coraixíes», desembarcó en Almuñécar, dispuesto a fundar la dinastía que, durante casi tres siglos, regiría el destino de al-Ándalus.

ENTREVISTA A YEYO BALBÁS

¿Qué le empujó a escribir este libro?

A pesar de que la conquista musulmana de España y el surgimiento del reino de Asturias son unos hechos de una enorme trascendencia, no solo para la historia española sino también la universal, han sido muy poco tratados por la historiografía y, a nivel popular, aún siguen perdidos en las brumas de la leyenda. Existe una brecha entre el conocimiento académico y el público general. Poca gente sabe, por ejemplo, que la célebre batalla entre Rodrigo y Tāriq no tuvo lugar junto al río Guadalete, a pesar de que fuera bautizada así. Con esta obra, mi intención inicial era realizar una síntesis e interpretación de toda esta información dispersa, desde la arqueología, numismática, hasta un conjunto de sellos de plomo relacionados con la tributación de las comunidades sometidas y el botín de guerra. Sin embargo, a medida que desarrollaba el trabajo de investigación, me di cuenta de que buena parte de las interpretaciones comúnmente aceptadas responden a una selección arbitraria de entre la contradictoria información referida por las fuentes, o al empleo de compilaciones históricas muy tardías, como la obra que Ahmed Mohamed al-Maqqarī elaboró en el siglo

XVII. Lo que empezó siendo una obra de síntesis con un enfoque divulgativo acabó transformándose en una monografía con nuevas interpretaciones.

En torno a la conquista musulmana se han dado infinidad de polémicas. ¿Cómo fue en realidad la conquista?

En la historiografía moderna se ha dado una marcada tendencia a presentar la conquista musulmana de España y, en general, las conquistas árabes del periodo clásico, como un fenómeno marcadamente distinto a cualquier otra expansión militar. Ya sean hordas de fanáticos religiosos arrasando la cristiandad y los últimos restos del mundo clásico a sangre y fuego, o el oxímoron posmoderno de la «conquista pacífica». Son hechos muy politizados tras el 11-S, dado que la península ibérica ha sido históricamente un territorio donde se yuxtaponen el mundo islámico y la civilización occidental. *Espada, hambre y cautiverio* defiende la tesis de que la conquista islámica de España estuvo protagonizada por una reducida élite arabo-bereber y no supuso un fenómeno sustancialmente distinto a cualquier otro proceso análogo de la Antigüedad y la



Edad Media, lo cual, a causa de la propia naturaleza de la guerra del periodo, implica el uso de una considerable violencia para forzar los pactos de capitulación.

Es difícil encontrar dos obras sobre este tema que reconstruyan todos estos hechos del mismo modo, ¿a qué se debe?

Desde el siglo XVIII, los arabistas occidentales, imitando a la propia historiografía del mundo árabe, han empleado fuentes históricas muy tardías para explicar los tres primeros siglos de historia musulmana. Estas obras incluyen relatos extensos y pormenorizados, al contrario que las fuentes más tempranas, redactadas dos siglos después de la muerte de Mahoma, que presentan una información mucho más breve, contradictoria, parcial y fragmentada. Esta credulidad inicial ha dado paso a posiciones mucho más escépticas, hasta que en los años setenta del siglo pasado surgió una corriente revisionista que considera que esos relatos del siglo IX fueron elaborados para ofrecer respuestas a disputas legales, sociales y políticas propias de su época, al tiempo que reproducen un gran número de clichés narrativos. *Espada, hambre y cautiverio* sigue esta tendencia revisionista, aunque sin caer en un hipercriticismo contemporáneo que, en ocasiones, excede lo razonable. Este enfoque contrasta con las interpretaciones marcadamente positivistas asumidas por la historiografía tradicional española.

***Espada, hambre y cautiverio* estudia la conquista islámica del reino visigodo desde una perspectiva de la historia militar. ¿Qué cree que aporta a los estudios sobre el 711?**

La mayor parte de los estudios sobre el 711 se han realizado desde una perspectiva filológica, algo imprescindible para tratar de desenmarañar los muchos problemas que presentan las fuentes textuales, o se han centrado en la instauración de un sistema fiscal en al-Ándalus. El propio autor de la *Crónica Mozárabe*, redactada hacia el año 754, otorga un gran relevancia a los aspectos fiscales. Sin embargo, ese énfasis ha venido acompañado de una relativa despreocupación o desconocimiento de historia militar y buena parte de las interpretaciones asumidas sobre distintos episodios bélicos, como el cruce del estrecho por Tāriq, no se sostienen si las analizamos desde un punto de vista logístico o estratégico.

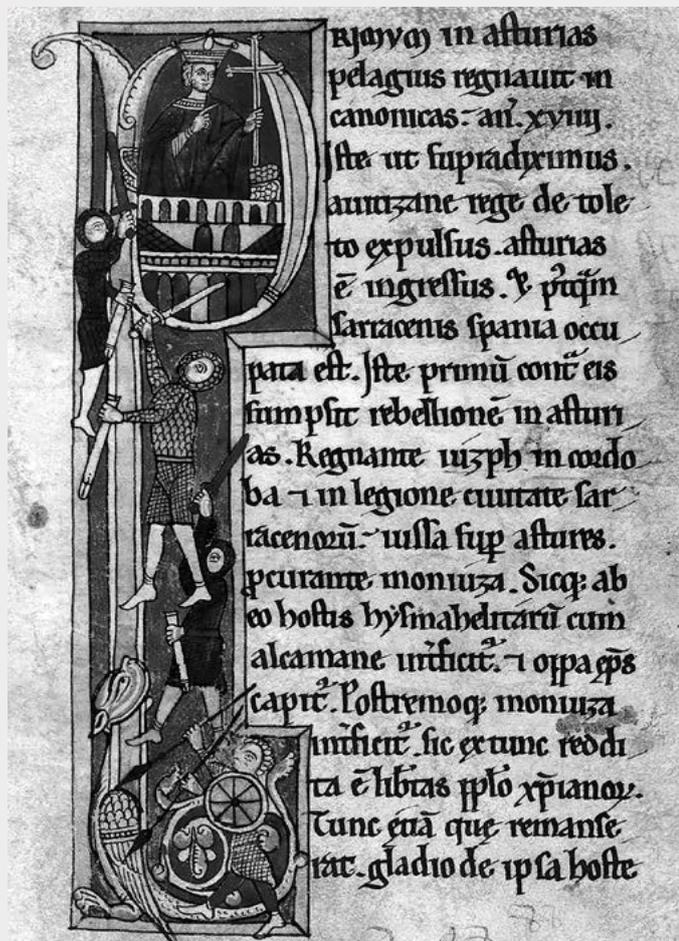
Para explicar la conquista musulmana de la península ibérica, se remonta a la propia fundación del islam por Mahoma. ¿Cuál es el propósito de tal enfoque?

Mi análisis de la expansión del califato desde sus orígenes trata de superar una cierta visión

hispanocéntrica que ha imperado en los estudios sobre la conquista islámica del reino visigodo, ya que suelen iniciarse con la llegada de los ejércitos arabobereberes al estrecho de Gibraltar. Mientras que, entre un público general, impera un amplio conocimiento sobre la situación de Roma y su República durante la conquista de Hispania, o acerca de la realidad española durante la conquista de América, en nuestra lengua apenas existen publicaciones sobre las primeras conquistas árabes y el califato omeya de Damasco. Una vez que Abderramán I llega a la península en 755, el emirato de Córdoba se estudia como un ente independiente. A través de dicha visión global trato de contextualizar la conquista musulmana de España como un episodio más dentro de la expansión militar de los árabes. Lo cual permite entender que, en contra de lo que en ocasiones se afirma, no tiene nada de insólito la relativa celeridad con la que fue sometido el reino visigodo. El surgimiento del reino de Asturias solo adquiere sentido si se analiza dentro de su contexto más amplio, en de la sucesión de crisis y catástrofes militares sufridas por el califato, que concluyeron con la tercera *fitna* o gran guerra civil, el derrocamiento de la dinastía omeya y las disputas entre facciones arabobereberes de al-Ándalus.

¿Qué consecuencias cree que ha traído esa visión centrada en la península a los estudios sobre la conquista musulmana?

Paradójicamente, ha creado la tendencia a explicar la caída del reino visigodo por causas endógenas y, por consiguiente, fraguar una imagen un tanto distópica. Una vez más, este debate ha estado politizado, en la medida en que el reino visigodo se ha considerado un antecedente de la España actual, en especial desde el ámbito conservador. La idealización de al-Ándalus por la izquierda posmoderna y el andalucismo suele ir acompañada de una visión oscurantista de la entidad política preexistente. Paradójicamente, al hacerlo asumen una narrativa legitimadora similar a la empleada por las potencias europeas para justificar su expansión colonial, vinculándola a una labor civilizadora. A esto se suma la tendencia a transformar esta ocupación militar en un proceso migratorio, a causa de la mala imagen que hoy en día posee cualquier empresa imperial. Si analizamos la situación de toda Europa occidental y la cuenca mediterránea, podemos confirmar que buena parte de los «problemas estructurales» del reino visigodo eran comunes a gran parte del mundo postromano. Entre las causas medioambientales, destaca un enfriamiento climático entre los años 536 y 660, que propició sequías y hambrunas en toda Eurasia, además de allanar el camino a la Peste de Justiniano, una de las



Pelayo en la batalla de Covadonga. *Corpus pelagianum*, BNE, Ms. 2805, f. 23r. Se trata de la representación más antigua del caudillo asturiano, del siglo XII. Luce una corona según modelos iconográficos de finales del siglo XI y sostiene la Cruz de la Victoria, actual símbolo de Asturias, donada por Alfonso III a la catedral de San Salvador de Oviedo en 908. El revestimiento en joyas fue realizado en el castillo de Gauzón (Raíces). El nombre de esta reliquia responde a la tradición de que su alma de madera habría sido enarbolada por Pelayo durante la batalla de Covadonga, algo refutado por las dataciones radiocarbónicas que la fechan hacia la época del rey Magno.

siglo IX. Con independencia de los objetivos reales de las distintas campañas militares, este ideario permitía englobarlas dentro de una causa común. Existe, en definitiva, un doble plano entre lo que las gentes del pasado *eran* y *hacían*, respecto a lo que ellas mismas *se consideraban* y *percibían*.

En el año 2022 se conmemora la «batalla de Covadonga» y el surgimiento del reino de Asturias. Existen visiones antagónicas sobre la importancia de esta batalla. ¿Cuál es su opinión al respecto?

Se suelen considerar «batallas decisivas» aquellas cuyas consecuencias poseen una dimensión macrohistórica, más que por la entidad de los ejércitos enfrentados. El desastre en Teutoburgo se considera importante ya que hizo que Roma perdiera el control sobre el territorio comprendido entre el Rin y el Elba, permitiendo que el territorio no fuera romanizado y la cultura germánica sobreviviera. De haberse dado otro desenlace, lenguas como el alemán o el inglés posiblemente no existieran. De un modo similar, desde Edward Gibbon en el siglo XVIII, se ha otorgado a la victoria de Carlos Martel en Poitiers un significado similar para la supervivencia y surgimiento de la civilización occidental, de un modo un tanto exagerado, ya que mucho más trascendente resultó, en ese sentido, el fracasado asedio árabe a Constantinopla de los años 717-718. Covadonga puede considerarse un paradigma de que una batalla modesta puede adquirir grandes repercusiones históricas. Este tipo de valoraciones, de un modo inevitable, conducen al resbaladizo e ideologizado terreno de la especulación histórica. Desde la Ilustración se identificó el proceso de expansión territorial denominado Reconquista con un proceso de construcción nacional. Las causas y el desarrollo de la rebelión de Pelayo hay que verlas en el contexto de su época, identificarla con una sublevación de tipo «patriótico» respondería a un pensamiento teleológico y presentista. No obstante, también es cierto que la España moderna probablemente no existiría de no haber triunfado esta rebelión, por muy modesta y local que fuera.

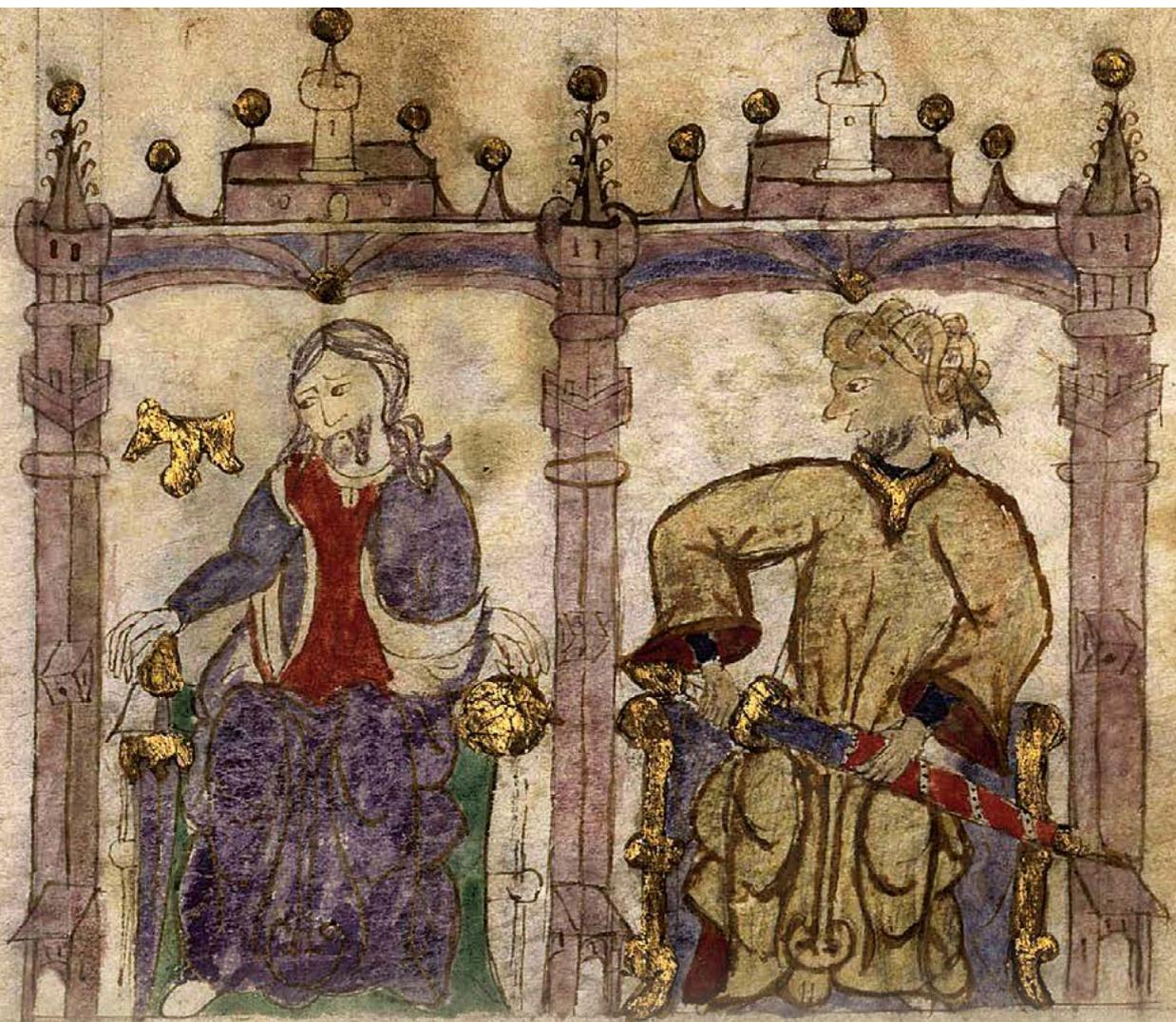
pandemias más devastadoras de la historia. Este retroceso demográfico debilitó a todas las estructuras políticas de la Tardoantigüedad y las crisis económicas propiciaron una interminable sucesión de conflictos bélicos, en los que hay que encuadrar la expansión de los árabes.

En el libro habla de «Reconquista», ¿lo considera válido como concepto historiográfico? En los últimos años, ha existido un profundo debate sobre su conveniencia.

La escasa huella genética norteafricana en la península parece confirmar que la conquista musulmana fue obra de una reducida élite árabe-bereber que no obstante propició un proceso de aculturación sobre la población autóctona. Con el tiempo, los hispanogodos se creyeron árabes e idearon falsas genealogías para situar sus orígenes en Siria o Arabia. La expansión de los reinos cristianos a costa de al-Ándalus supuso un enfrentamiento entre peninsulares de dos ámbitos civilizacionales. La idea de «expulsar a los moros» es tan absurda como la de «españolizar» a los andalusíes, atribuyéndoles identidades y usos culturales ficticios, ya sea desde el nacionalismo del siglo XX o desde la impostura «inclusiva» de los últimos años. Lo que hoy entendemos por Reconquista consiste en una ideología legitimadora al servicio de esa expansión territorial hacia el sur, plenamente conformada en el



Se permite la reproducción total o parcial de esta entrevista sin citar la fuente.



Rodrigo
36. Rey Godo
Era. 776.
Año. 718

ÍNDICE

Prólogo
Introducción
Capítulo 1 *Regnum gothorum spaniae*
Capítulo 2 Los orígenes del islam
Capítulo 3 El ascenso del califato
Capítulo 4 La conquista de África
Capítulo 5 El Califa de Alá
Capítulo 6 Los relatos de la conquista
Capítulo 7 El cruce del Estrecho
Capítulo 8 La batalla del Lago
Capítulo 9 La sumisión de Spania
Capítulo 10 Las conquistas de los valíes
Capítulo 11 Covadonga, origen de un reino
Capítulo 12 El colapso

Bibliografía
Índice analítico

DOSIER DE PRENSA



CAPÍTULO 2

LOS ORÍGENES DEL ISLAM

En árabe, *ḡihād* significa «esfuerzo en pos de una causa» y, a partir del siglo VIII, los ulemas emplearon dicho término para referirse a la lucha armada en la defensa y expansión del Dar al-Islam.³⁷ Aunque el término solo aparece cuatro veces en el Corán, existen más de cuarenta aleyas que exhortan a la lucha contra el infiel. La guerra religiosa poseía unas hondas raíces en Oriente Medio, algo facilitado por el carácter «nacional» de muchas deidades: Assur ordenó a los asirios que no cesaran en sus conquistas, al igual que Yahveh alentó al *hērem*, o «destrucción total del enemigo», entre el pueblo de Israel. Estos llamamientos estaban restringidos a un tiempo y lugar específicos, mientras que el *ḡihād* supone un estado de guerra perpetuo y una obligación colectiva para la sociedad islámica. El belicismo del mensaje profético había mudado en función de las circunstancias y necesidades ideológicas del momento. Reuven Firestone lo divide en cuatro fases.³⁸ Cuando Mahoma comienza a predicar en La Meca y cuenta con un puñado de seguidores, las aleyas exhortan a la conversión mediante la palabra (16:125): «Invita al camino de tu Señor con sabiduría y buenas palabras y discute con ellos de la menor manera». Justo antes de la Hégira, la comunidad islámica, acosada por los mecanos, recibe la autorización para emplear la fuerza en legítima defensa (2:190): «combatid en la senda de Alá contra aquellos que os combatan, pero no seáis agresores». Tras el asalto a la caravana durante el mes sagrado, cuando los musulmanes cuentan con el respaldo de Medina, las revelaciones promueven la guerra sin necesidad de un *casus belli* (2:217): «Ha sido decretado para vosotros el combate, aunque os disguste; puede que algo os disguste y, sin embargo, sea un bien para vosotros». Finalmente, tras la conquista de La Meca, cuando se inician las campañas sobre territorio romano, la divinidad ordena luchar contra las gentes del libro de forma total e incondicional (9:29): «¡Combatid a quienes les fue dada la Escritura, no

creen en Alá ni en el Último Día, ni prohíben lo que Alá y Su Mensajero han prohibido, ni practican la religión verdadera, hasta que paguen tributo [*ḡizya*] por su propia mano y con humildad!». Para superar estas contradicciones, en el siglo IX se instauró el criterio de abrogación, según el cual las aleyas más tardías anulan a las anteriores.

Tras la muerte de Mahoma, a lo largo de las conquistas del califato, los hadices mostraron un mayor énfasis belicista y tanto *Sahīh al-Bujārī* como *Sahīh Muslim* ponen en boca de Mahoma la frase «se me ha ordenado combatir a la gente hasta que declaren que no hay más dios que Alá». ³⁹ Una guerra sacralizada que fue acompañada de recompensas, tanto en este mundo como en el Más Allá. Al igual que el *Valhöll* supone la recompensa ultraterrenal del guerrero nórdico de la Era Vikinga, y plasma los valores heroicos de la Escandinavia pagana, el paraíso prometido por Mahoma (4:74) a los caídos en su guerra santa refleja los anhelos de las tribus del desierto. La *Yanna*. Jardines perfumados con alcanfor en los que manan ríos de leche y miel, donde se satisfará cada deseo de los mártires y, adornados con brazaletes de oro y ropas de seda, festejarán en lechos servidos por doncellas de grandes ojos (52:20), todas «amorosas» y vírgenes (56:17-40), «a las que ningún humano o genio habrá tocado antes» (55:46-78). Unos versos tan exuberantes encendieron la imaginación de generaciones venideras y los hadices magnificaron una y otra vez los placeres del Más Allá. Uno del *Sahīh al-Bujārī* (54.476) incrementa a dos el número de huríes asignadas, de carne tan pálida y pura «que se les verá la médula de los huesos». Otro hadiz recogido por al-Tirmidhī (IV.21.2687) promete a setenta y dos doncellas, libres de menstruación, «de senos grandes, redondos y no proclives a colgar». Y por si algún creyente se viera abrumado ante semejante desafío amatorio, Abū 'Umāma al-Bahili aclara que los mártires disfrutarán de una erección eterna.⁴⁰

CAPÍTULO 6

LOS RELATOS DE LA CONQUISTA

Los primeros relatos árabes en torno a la conquista de al-Ándalus son de tipo *ajbār*. Anécdotas y noticias de tradición oral que, al igual que los hadices, se redactaron con una finalidad jurídica y, en ocasiones, cuentan con un *isnād* o cadena de transmisión. Más adelante, estas anécdotas se emplearon para conformar unas narraciones tan heterogéneas como inconexas, pues entre los distintos pasajes a veces no existe causalidad narrativa y se contradicen unos a otros, en ocasiones, incluso a sí mismos. Los tradicionalistas que plasmaron por escrito estos relatos mezclaron cuanto escuchaban con las leyendas acerca de los *'ajā'ib*, esas maravillas creadas por Alá cuya existencia ha de ser aceptada aun sin ser entendida. «Quienes disfrutaban oyendo cuentos son también propensos a añadir otros elementos maravillosos, y así dañan las verdades mezclándolas con las mentiras». A partir de este comentario del literato griego Pausanias, Paul Veyne concluyó que, para la mentalidad prerracionalista, «la verdad es anónima, sólo el error es personal».⁸ Esta credulidad hacia lo comúnmente sabido se cuestionó por primera vez en Grecia, hacia el siglo V a. C., cuando el *mythos* entró en directa oposición con el *lógos* y la crítica racional puso en tela de juicio tanto las creencias religiosas como los relatos que las sustentan. Un proceso similar parece que se dio en el mundo islámico; ya en el siglo XIV, el historiador y sociólogo Ibn Jaldūn consideró tales relatos como «una retahíla de disparates y fantasías». Sin embargo, como apunta Felipe Maíllo Salgado,⁹ «los primeros historiadores arabo-islámicos buscaban transmitir el conocimiento (*'ilm*) objetivo de pasados acontecimientos que tuvieran significado legal, político o religioso, y que estas noticias fueran garantizadas por una cadena de autoridades remontándose a los hechos mismos, fueran éstos verosímiles o no». Al igual que ocurre con los hadices, la dimensión jurídico-religiosa de los *ajbār* les otorgaba un carácter casi reverencial y el prestigio de los integrantes de la cadena de transmisión anulaba cualquier consideración crítica.

Contamos con tres compilaciones de *ajbār* elaboradas en el siglo IX que aluden a la conquista de al-Ándalus. La más antigua procede de Ibn 'Abd al-Hakam (*ob.* 871), al que ya hemos mencionado para la conquista de Egipto y el norte de África. El primer texto andalusí fue elaborado por 'Abd al-Malik ibn Habīb (*ob.* 853), un ulema –experto en jurisprudencia islámica– nacido en Elvira, que recopiló diversas informaciones en el transcurso de un viaje por oriente para completar sus estudios y que, al igual que Ibn 'Abd al-Hakam, formó parte de la escuela del medinés Mālik ibn Anas. A su regreso a la Península, Ibn Habīb entró en círculos cortesanos de Abderramán II y se convirtió en una figura clave para la adopción de la jurisprudencia mālikí en el emirato de Córdoba. La tercera compilación es anónima, el *Kitāb Imāma wal-siyāsa*, un compendio de relatos y tradiciones de mediados del siglo IX que presenta muchas similitudes con la obra de Ibn Habīb. El hispanista egipcio Mahmūd Alī Makkī atribuyó su autoría a un descendiente del propio Mūsā ibn Nusayr, después de concluir que la tradición historiográfica formada por estas tres obras surgió en Egipto hacia la segunda mitad del siglo VIII. Estas tres compilaciones se basaron en los escritos de ulemas como Layt ibn Sa'd (*ob.* 791), 'Abd Allāh ibn Lahī'a (*ob.* 790) o al-Wāqidī (*ob.* 822) quienes, a su vez, tal vez reproduzcan los relatos de tabíes (*tā-bi'ūn* o «seguidores») que participaron en la conquista de al-Ándalus; unas figuras de enorme prestigio que habían convivido con los «compañeros de Mahoma».¹⁰

Una vez más, nos encontramos ante unas fuentes árabes redactadas un siglo y medio después de los hechos que describen. Sin embargo, los mayores problemas de credibilidad que suscitan los *ajbār* acerca de al-Ándalus no residen tanto en este consabido hiato como en su propia naturaleza, puesto que, al contrario que en las conquistas de otros territorios, incluyen un buen número de leyendas de carácter sobrenatural o abiertamente fantástico, entre las que destacan la Casa de los Cerrojos de Toledo, la Mesa de Salomón y la Ciudad de Cobre.

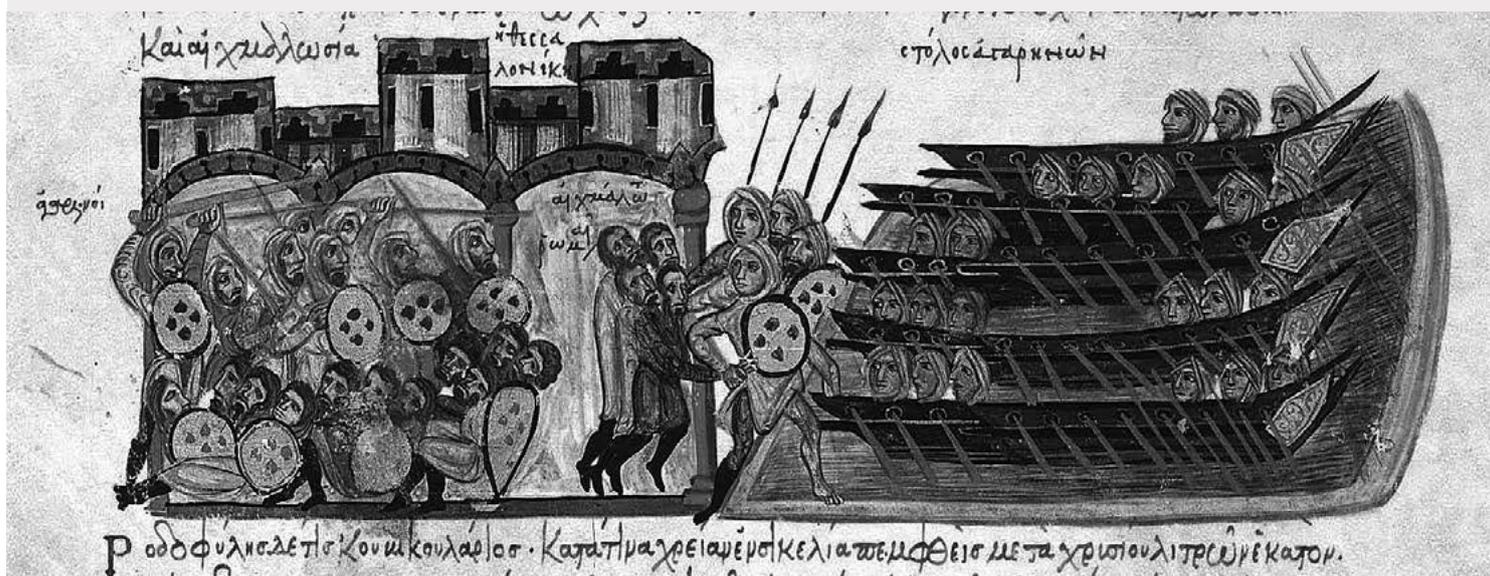
CAPÍTULO 7

EL CRUCE DEL ESTRECHO

Una cuestión esencial para deducir cómo pudo realizarse el cruce del Estrecho por Abū Zur'a y Tāriq reside en conocer los medios materiales que lo hicieron posible, esto es, el tipo de barcos de los que pudieron disponer. Para ello, nada mejor que los restos de treinta y siete embarcaciones de entre los siglos V al XI exhumadas en Yenikapi (Estambul), donde se hallaba el puerto teodosiano de Constantinopla. Dos de ellas parecen *dromōnes*, galeras de guerra impulsadas a remos, mientras que el resto, de uso civil, puede dividirse en tres grandes grupos: botes para la navegación de cabotaje de entre ocho y nueve metros de eslora; naves de tamaño medio de entre diez y doce metros de eslora y dos metros y medio de manga; y grandes buques de carga de entre diecisiete y diecinueve metros de longitud y unos cinco de anchura.⁶⁸ Las únicas diferencias destacables entre las naves de Yenikapi y las de Roskilde radican en el modo de construcción del casco, en tablazón a tope unida por mortaja y espiga frente al tingladillo nórdico, además del empleo de velas de tipo latino, más aptas para las condiciones meteorológicas del Mediterráneo.

El ejemplo mejor conservado del tercer tipo de buque bizantino nos lo aporta el pecio de Yassi Ada,

hallado junto a una isla de la costa de Bodrum (Turquía), con una eslora de poco menos de veintiún metros y una capacidad de carga de unas sesenta toneladas. En su interior se hallaron acuñaciones de Heraclio (*reg.* 610-641), salvo un ejemplar de cobre datado en el año 625/626, lo que indica que el barco pudo hundirse en torno a esta fecha.⁶⁹ La *Lex Rhodia*, un corpus legal bizantino que regulaba la navegación y el tráfico comercial, constata que, en el siglo VII, el coste de una nave equipada al completo suponía cincuenta sólidos por cada seis toneladas y media de capacidad. Por tanto, el coste del barco Yassi Ada habría ascendido a unos cuatrocientos sesenta sólidos, una cantidad más que considerable que explica por qué la mayor parte del transporte marítimo de la Antigüedad y el Medievo se realizaba en embarcaciones más bien modestas.⁷⁰ La inversión para la construcción de buques de este tipo, siempre arriesgada, recaía sobre el Estado bizantino o unas élites urbanas enriquecidas por el comercio. La progresiva regionalización de la economía a lo largo del siglo VII, que tanto afectó al comercio mediterráneo, unida a la inestabilidad creada por las conquistas islámicas, debieron de afectar, sin duda, al número de naves disponibles.



Detalle del *Skylitzes Matritensis* que recrea el saqueo de Tesalónica por los árabes en 904, al tiempo que representa de forma estilizada varias galeras de tipo *dromōn*.

CAPÍTULO 8

LA BATALLA DEL LAGO

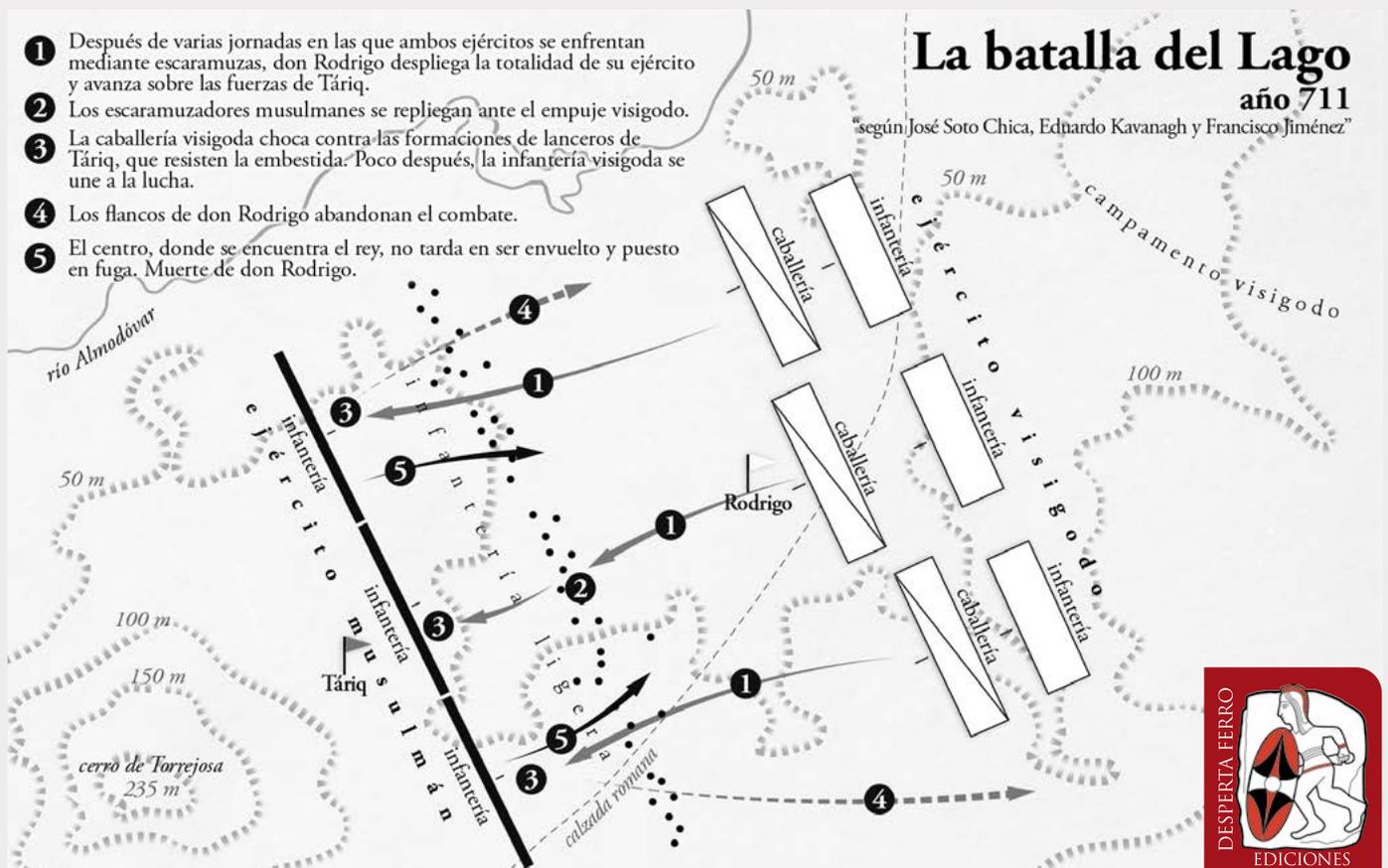
LA TRAICIÓN DE LOS WITIZANOS

Existen diversas versiones acerca del modo en que se produjo la defección de los witizanos. En algunos casos, incluso se menciona un acuerdo previo entre Tāriq y los familiares de Witiza para conducir a Rodrigo a una batalla a campo abierto y después traicionarlo. Los nombres y parentesco de estos «witizanos» –Agila, Oppas, Sisberto, Alamundo, Artobás, Rómulo– también pueden variar en función de las teorías de cada historiador. Witiza falleció de causas naturales sin haber cumplido los 29 años y dejó tres hijos que, a causa de su corta edad, no pudieron ser candidatos al trono, ni tampoco liderar ninguna hueste. Siguiendo las dos tradiciones andalusíes principales, los *Ajbār Ma'ymū'a* y el *Fath al-Andalus*, llaman Oppas y Sisberto –Ubba y Shishbirt– a los witizanos a los que Rodrigo confió las alas de su ejército en la batalla y después huyeron en el fragor del combate. Aunque la primera obra asegura que se trataba los hijos de Witiza, el *Fath* señala que ambos eran «hijos de Égica, padre de Witiza», lo cual coincide con la *Crónica Mozárabe*. Oppas y Sisberto debían de ser los hermanos del predecesor de Rodrigo.

La idea de un pacto previo entre Tāriq y los witizanos tiene su origen en Ibn al-Qūtiyya, que describe a los

tres hijos de Witiza –Alamundo, Artobás y Rómulo– al recibir las tres mil haciendas que habían pertenecido a la corona, la *res dominica* o *safā'ya al-mulūk*, a cambio de su traición. Al presentar la conquista de Spania como un acuerdo entre sus antepasados y el califa, Ibn al-Qūtiyya defiende los derechos de su linaje sobre unas propiedades que habían pertenecido a la monarquía goda. Según su versión, antes de la batalla del Lago, los tres muchachos quedaron impresionados ante el ejército de Tāriq, de modo que se ofrecieron a traicionar a Rodrigo, a quien consideraban indigno de llevar la corona, a cambio de las tres mil haciendas. Tāriq habría enviado una misiva a Kairuán para exponer la propuesta a Mūsā. Este, a su vez, remitió la oferta de los jóvenes al califa en Damasco, que la aceptó de mil amores. Este inverosímil intercambio epistolar, a más de ocho mil kilómetros de distancia, se habría producido durante los prolegómenos de la batalla.

La *Crónica Mozárabe* (52) solo dice que Rodrigo «cayó en la batalla al fugarse todo el ejército que por rivalidad y dolorosamente había ido con él sólo por la ambición del reino». Los *Ajbār Ma'ymū'a* y el *Fath al-Andalus* también presentan la defección como obra de un sector de la nobleza, sin precisar ningún hombre.



CAPÍTULO 9

LA SUMISIÓN DE SPANIA

UN RÍO DE ORO Y ESCLAVOS

El conquistador de al-Ándalus llegó a la capital del califato en el invierno de 714 y 715 acompañado de un deslumbrante cortejo de cautivos que, como no podía ser de otro modo, con el paso de los siglos se fue engrosando. La *Crónica Mozárabe* (56) afirma que Mūsà llevó consigo «algunos nobles escogidos en Spania entre los que pudieron escapar a la muerte, oro y plata acreditados por inspección de los banqueros, un montón de ricos adornos, y además piedras preciosas, perlas grandes y pequeñas», además de otros bienes que es largo de enumerar. Redactadas en el siglo IX, las tres compilaciones del *ajbār* incluyen una profusa relación de anécdotas acerca de la magnitud del botín, ya fuera en forma de oro y piedras preciosas o millares de hermosas cautivas. En el *Imāma wal-siyāsa* las descripciones de los botines suponen casi una tercera parte de la narración de la conquista y suelen estar precedidas por sangrientos combates. En el discurso apócrifo anterior a la batalla del Lago, Tāriq les recuerda a sus hombres las riquezas de al-Ándalus y la belleza de sus mujeres. Una vez obtenida la victoria, su ejército se habría visto acrecentado por «multitud de aventureros procedentes de todos los países», que, a la postre, fueron «culpables de muchos excesos, defraudando a sus camaradas de su porción del botín, ocultando lo que habían adquirido». La riqueza de los tesoros que encontró en Toledo, «la plata, el oro, sedas, brocados y otros artículos de vestir o muebles», resultó incalculable e hizo que Mūsà los pusiera «bajo la custodia de personas de confianza, elegidas por él, y las ocultó a ojos de los suyos». ¹¹¹ A su regreso, Mūsà «deja asombrados a los habitantes de los países por los cuales pasaba por los innumerables tesoros que conducía». ¹¹² Ibn al-Athīr (siglo XIII) asegura que Mūsà regresó a Siria con «treinta mil vírgenes, hijas de reyes y dirigentes godos, una innumerable cantidad de mercancías y piedras preciosas». ¹¹³ El tunecino Ibn al-Kardabūs (siglo XII) eleva esta cifra a «treinta carretas cargadas de oro, plata, objetos preciosos de rubíes, perlas y topacios, tesoros inestimables en ropas y cien mil prisioneros, entre hombres, mujeres y niños; de

ellos, cuatrocientos hombres de noble estirpe» ¹¹⁴ que constituirían el quinto del *ghanīma* o botín de guerra que engrosó las arcas del Estado o *bayt al-māl*, según una conocida prescripción coránica (8:41). En total, se habría esclavizado a medio millón de hispanos, una cifra sin duda exagerada que, no obstante, refleja el profundo impacto producido por el botín de guerra hispano en el mundo islámico.

Existen evidencias arqueológicas de este expolio a gran escala. Uno de los precintos de plomo parece confirmar la «sed de mujeres» que, según Pierre Guichard, impulsó las conquistas árabes, dado que cuenta con la leyenda *qism* o «reparto» e incluye el término *jarā'id* (plural de *jarīda* o «perla sin abrir») en alusión a las doncellas cautivas. ¹¹⁵ Como señalan Ibrahim y Sénac en relación con los precintos de plomo, «sea cual fuere el volumen de bolsas en las que iban estos sellos, el corpus que se presenta refleja la riqueza del botín capturado durante la conquista». ¹¹⁶ Tal vez la evidencia más famosa sea el tesoro de Guarrazar, descubierto a finales del siglo XIX en la localidad toledana de Guadamur. Un ocultamiento de diez coronas y ocho cruces votivas, fabricadas en oro y pedrerías, donadas por la realeza o grandes magnates visigodos a alguna iglesia a lo largo del siglo VII, que fueron escondidas bajo dos estructuras de hormigón romano ante la invasión árabe. Es probable que el lugar se tratara de un monumental cenobio a las afueras de la *urbs regia*. ¹¹⁷ El tesoro de Torredonjimeno (Jaén), hallado en 1926, está compuesto por, al menos, treinta y cinco cruces áureas de diversos tipos y casi un centenar de fragmentos de otras, junto con colgantes, cadenas y macollas, además de por lo menos dos coronas votivas. Algunas piezas contienen inscripciones que indican que son ofrendas a las mártires Justa y Rufina. En este caso, se ocultaron bajo una carcasa de mampostería de piedras y cal. ¹¹⁸ Aunque en su día se propuso como lugar de origen alguna iglesia sevillana, otras hipótesis apuntan a una basílica próxima. Todo ello refleja la preocupación de la población por el contenido de sus iglesias, que, al igual que en las incursiones vikingas, parecen ser blanco prioritario de las depredaciones islámicas.

CAPÍTULO 11

COVADONGA, ORIGEN DE UN REINO

COVADONGA, MITO FUNDACIONAL

Si consideramos la importancia de una batalla no por la magnitud de los contingentes implicados, sino por sus consecuencias históricas, los hechos de Covadonga pueden servir como paradigma para probar que ambas no tienen por qué estar relacionados. Este modesto enfrentamiento en el entorno de los Picos de Europa y la posterior emboscada a la guarnición musulmana de Gijón en Olalés sirvió para que la vertiente costera del sector central de la cordillera Cantábrica dejara de hallarse bajo dominio islámico, lo cual permitió el surgimiento del reino de Asturias, un hecho de un enorme recorrido histórico.

En el «rearme ideológico» cristiano ante al-Ándalus, iniciado en el siglo VIII, parecen surgir diversas tradiciones en pugna. La *Crónica de Alfonso III* no menciona la polémica adopcionista protagonizada por Elipando y Beato de Liébana, que supuso la independencia doctrinal asturiana con respecto a Toledo, ni tampoco el «descubrimiento» del sepulcro de Santiago, que, como patrón de España, se convirtió en un símbolo de identidad frente al islam. Un documento de donación del siglo XI, redactado

de la sede compostelana de Iria Flavia, incluye un breve texto histórico introductorio que no hace mención alguna a Covadonga. Los capitulares emitidos por Carlomagno poco antes y después de la conquista de Barcelona en el año 800 justifican las campañas al sur de los Pirineos de acuerdo con las peticiones de auxilio de los *hispani* y a su voluntad de aceptar libremente la soberanía franca. Al acometer esta expansión territorial una potencia extrapeninsular, en la Marca Hispánica la ideología reconquistadora no apeló a razones político-dinásticas, sino puramente religiosas: recuperar unas tierras que había perdido la cristiandad.

Veremos por primera vez formulada la ideología de la Reconquista en el *Chronologia regum gothorum*; compuesto entre los años 774-800, constituye un breve compendio de los reinados visigodos que afirma que entonces los sarracenos aún ocupaban parte de Spania, enfrentados a unos cristianos que luchaban con ellos a diario, convencidos de que «la predestinación divina [ordenaría] un día su expulsión».¹³⁹ Un siglo después, la llamada *Crónica Profética*, una sección de la *Albeldense* (XIX.3), anuncia que el rey Magno está llamado a «restaurar el reino de los godos» (*gothorum regnum restaurari*) y «reinar en toda Spania» (*proximiori tempore in omni Spania praedictetur regnaturus*). La supuesta restauración del reino visigodo se convirtió en un entramado ideológico al servicio de la expansión territorial asturleonera a costa de al-Ándalus, dentro del cual las diversas campañas militares, con independencia de sus objetivos reales y concretos, quedaron englobados en una causa común y legítima.



El monte Auseva según un grabado de Bartolomé Maura Montaner (1844-1926).



Contacto y entrevistas:

Javier Gómez Valero - Comunicación

Tel. 658 160 824 - comunicacion@despertaferro-ediciones.com

www.despertaferro-ediciones.com



DOSIER DE PRENSA

